

En la oscuridad o la razón en el laberinto: de la búsqueda del sentido en nuestros días

In the dark or reason in the labyrinth:
the search for meaning in our day

VÍCTOR GRANADO ALMENA*

Resumen: En la comunicación que aquí propongo me gustaría conectar el proceso de racionalización iniciado en la modernidad y el problema del sentido que éste suscita con lo que Arendt llama «tiempos de oscuridad» y que Richard Sennett nombra como la «corrosión del carácter». El declive del dominio público y la disolución de las relaciones de apoyo social mutuo en los países occidentales durante las últimas dos décadas nos lleva a re-pensar el alcance de esa oscuridad, de las dificultades para componer un carácter o una biografía o, mejor, la imposibilidad de lograr tal cosa en este tiempo. Se trata, por tanto, de vincular la reflexión de Weber, Arendt, Sennett y Nancy a fin de considerar las consecuencias reales de esta crisis de sentido una vez asumido que la reflexión sobre la crisis en la contemporaneidad se enmarca dentro de los límites de la reflexión sobre el sentido, la estructura del mundo y las acciones que podemos emprender en él.

Palabras Clave: Crisis, oscuridad, sentido, desencantamiento, mundo, carácter.

Abstract: In this paper I would like to connect the World's process of rationalization created by Modernity and the problem about the sense of reality that happened as a result of that. I want to join here that Disenchantment process with our "dark times", in words of Hannah Arendt and with the "corrosion of character" named by Richard Sennett. The decline in the public sphere and the dissolution of the relations of mutual social support in Western countries during the past two decades leads us to re-consider the scope of this darkness, of the difficulties in writing a character or a biography, or better, the failure to achieve such a thing at this time. Therefore I would like to link the reflection of Weber, Arendt, Sennett and Nancy in order to consider the real consequences of this crisis of sense once assumed that the reflection on the crisis in the contemporary fits within the limits of reflection about the sense of reality, the structure of the world and the actions that we can undertake it.

Keywords: Crisis, darkness, sense, disenchantment, world, character.

Diagnosticar un conjunto de circunstancias como una situación de crisis lleva implícito en ese juicio la idea de que tal situación es superable, puede revertirse o al menos es posible atisbar una dirección de salida de la «crisis». La posibilidad de esa salida y en qué modo pueda hallarse ésta son los puntos básicos a dilucidar en este momento. Es esta una época en la que «nada es más dudoso que nuestra actitud hacia el mundo»¹, como señalara ya Arendt al final de los años 60, y hoy en mayor medida. Nuestra actitud es hoy la renuncia a

* Universidad Complutense de Madrid. Estas páginas han sido posibles gracias a la ayuda del programa FPU del Ministerio de Educación.

1 Arendt, H., *Hombres en tiempos de oscuridad*, Barcelona, Gedisa, 2008, p. 14.

comprometerse con el mundo y con su aspecto, por parte de aquellos que se encuentran en situación de poder hacerse cargo de esta tarea, o directamente la expulsión de aquellas otras personas del mundo hasta ser completamente invisibles. Un mundo que se encuentra entre el abandono y el *sin sentido*. Ese abandono, el extrañamiento del mundo no hace sino concretar esta crisis como una crisis de sentido que nos lleva a reflexionar sobre el problema del sentido del mundo. El problema del sentido y el desencantamiento del mundo aparecen como las dos caras de un Jano bifronte.

Se trata de un mundo en estado de abandono hasta aparecer para muchos como un lugar sin sentido. Entre el extrañamiento y la incomprensión del mundo podríamos identificar esta serie de circunstancias que hoy llamamos crisis. Una crisis que se concreta en crisis de sentido, es decir, aquella que nos obliga a reflexionar sobre el problema del sentido del mundo, o mejor dicho, sobre la posibilidad de encontrarle sentido al mundo en nuestros días.

El mundo se nos aparece afectado por la oscuridad², la oscuridad de un mundo en el que todo aparece para ser consumido y gastado, donde bolsas de población cada vez más numerosas se tornan invisibles y listas para ser gastadas y recicladas, en el que desaparecen los espacios para el encuentro y la vida en común y se sustituyen por pequeñas trincheras, agrupaciones de interés dentro de las cuales las personas intentan re-significarse, dotarse de metas y motivos ante la aridez que supone quedar a la intemperie.

Por ello la nostalgia del tiempo, la añoranza de un carácter, la impotencia de un destino sin fin y la oscuridad hacen que la reflexión sobre la crisis en la contemporaneidad se enmarque dentro de los límites de la reflexión sobre el sentido, la estructura del mundo y las acciones que podemos emprender en él.

El proceso de racionalización del mundo

Es un lugar común considerar que el pensamiento filosófico irrumpe con la pretensión específica de explicar la realidad en su totalidad, apelando a principios sistematizadores que hay que buscar en la razón, una razón encarnada en el conocimiento, el lenguaje y la acción. En palabras de Yolanda Ruano «incluso podría decirse en el lenguaje de la filosofía moderna que si hay algo compartido por toda doctrina filosófica es su interés en pensar el ser o la unidad del mundo por vía de una explicación de las experiencias que hace la razón en el trato consigo misma»³. Pero ese proceso de racionalización del mundo llevado a cabo por la modernidad nos ha dejado ante una vasta extensión de tierra baldía⁴ que nos lleva a preguntarnos por el sentido del mundo.

2 La *oscuridad* es un término técnico en el pensamiento arendtiano que específicamente representa el totalitarismo en sus consecuencias más extremas. Tomo aquí el término sólo en un sentido análogo para ilustrar aquello que nos impide ver con claridad en nuestras vidas, los obstáculos para encontrarle sentido al mundo.

3 Ruano de la Fuente, Y., *Proceso de racionalización y ethos capitalista. Interpretación weberiana de la modernidad*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Servicio de publicaciones, 2002, p. 8

4 «What are the roots that clutch, what branches grow /out of this stony rubbish? Son of man, / you cannot say, or guess, for you know only / a heap of broken images, where the sun beats, / and the dead tree gives no shelter, the cricket no relief, / and the dry stone no sound of water. Only /there is shadow under this red rock, / (come in under the shadow of this red rock), / and I will show you something different from either / your shadow at morning striding behind you / or your shadow at evening rising to meet you; / I will show you fear in a handful of dust.» Eliot, T.S., *The Waste Land*, "The burial of the dead", 19-30

Es Weber quien acuña el análisis del proceso de racionalización occidental como un proceso de intelectualización cada vez mayor de las concepciones del mundo hasta nombrarlo como un proceso de des-encantamiento. Desde la perspectiva científica de la modernidad, el mundo queda perfilado como un mero mecanismo causal susceptible de ser dominado mediante el conocimiento de las leyes de su funcionamiento. Ese proceso de *desencantamiento* reside en identificar lo real con lo calculable, con «*aquello que está sujeto a las operaciones certeras de una razón autodivinizada*»⁵ capaz de crear el mejor de los mundos posibles. Una razón capaz de eliminar la contingencia, la imprevisibilidad, lo azaroso y que se postula omnipotente, capaz de tener todo lo real bajo su control⁶. Se trata pues de un dominio técnico-formal de la realidad que termina por hacer del mundo un artefacto.

A la espalda de ese proceso de desencantamiento del mundo acontece simultáneamente el problema del sentido. Una vez despejado el camino y disipadas las explicaciones «mágicas» de lo real, los seres humanos intentan introducir su propio criterio en la explicación y atribución de sentido al mundo, y como resultante a ellos mismos. La urgencia de esta operación de re-significación del mundo del sí mismo está ligada al éxito de dicho proceso de desencantamiento:

«El intelectual [...] busca conferir un «sentido» permanente a su conducta en la vida, por consiguiente, «unidad» consigo mismo, con los hombres, con el cosmos. Él es quien desarrolla la concepción del mundo como problema de «sentido». Cuanto más hace el intelectualismo retroceder la creencia en la magia, desencantando así los procesos del mundo, que pierden su sentido mágico y ya sólo «son» y «acontecen» pero nada «significan», tanto más urgente se hace la exigencia de que el mundo y la conducta de vida como un todo sean ordenados con significación y plenitud de sentido.»⁷

Todos somos hoy en este sentido intelectuales, pues desencantamos procesos y otorgamos sentido a nuestra propia vida. Así pues, la exigencia de que el mundo y la conducta de la propia vida estén ordenados con significación y plenitud de sentido crece ante la contemplación de esa vasta tierra baldía que deja tras de sí el desencantamiento del mundo. La modernidad al culminar su proceso de objetivación y desencantamiento del mundo, ámbito este que debe ser dominado racionalmente y del que desaparece toda interpretación mágica y todo *enigma*⁸, impone al sujeto que en él habita la pregunta por el sentido del mundo. Esta pregunta expresa la exigencia vital del ser humano en un mundo desencantado. Se trata del intento de recomponer el mundo como un lugar con sentido.

5 Sin detenerme demasiado quiero señalar como para H. Arendt éste es uno de los componentes totalitarios de nuestra tradición occidental, a saber, la pretensión de la Razón de eliminar lo imprevisible, truncando la naturaleza abierta de la acción y enmascarando bajo esta operación la supresión de la espontaneidad humana. Junto ese movimiento el hecho de devaluar la realidad de lo no cuantificable y por lo tanto del orden de lo cualitativo que se bate en retirada frente al triunfo del cálculo. Es ese deseo de violentar la realidad por *mor* de la construcción de una explicación totalizadora de la realidad el impulso que hace de la tierra un lugar muy lejano del mejor de los mundos posibles.

6 Weber, M., *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tubinga, J. C. B. Mohr, 1985, pp. 307-308.

7 “6.5 Si una respuesta no puede expresarse, la pregunta que le corresponde tampoco puede expresarse. El *enigma* no existe. Si una pregunta puede llegar a plantearse, entonces también se le puede dar una respuesta.” En Wittgenstein, L., *Tractatus lógico-philosophicus*, Madrid, Tecnos, 2003, p. 275.

8 Bobbio, N., “La botella, la red y el laberinto” en *El problema de la guerra y las vías de la paz*, Ed. Altaya, 1998.

La raz3n en el laberinto: el problema del sentido

Ese proceso de racionalizaci3n ha terminado por introducir a la raz3n en un laberinto. Independizada de instancias narrativas, la raz3n consigue explicar causalmente algunos procesos del mundo y en el desarrollo de tales potencialidades desconecta los procesos de producci3n (de objetos y de explicaciones de procesos del mundo) para verse perdida en su actualizaci3n al no encontrar un fin sustantivo a su proceso. A la luz de los cambios sufridos en la estructura del mundo por la culminaci3n de este proceso de desencantamiento podemos decir que al completarse se han eliminado los apoyos o las certezas inquebrantables y la carencia de sentido se ha convertido en una experiencia compartida por los seres humanos y vivida en nuestros d́as de modo semejante a lo que supone caminar a tientas por un laberinto:

«Pero nosotros, los hombres, ¿somos moscas en la botella o peces en la red? Tal vez ni una cosa ni la otra. Tal vez la condici3n humana puede representarse globalmente de manera m1s apropiada con una tercera imagen: el camino de salida existe, pero no hay ning3n espectador afuera que conozca de antemano el recorrido. Estamos todos dentro de la botella. Sabemos que la v́a de salida existe, pero sin saber exactamente d3nde se halla procedemos por tentativas, por aproximaciones sucesivas. Para esta situaci3n nos puede ser 3til otra imagen, la del laberinto: quien entra en un laberinto sabe que existe una v́a de salida, pero no sabe cu1l de los muchos caminos que se abren ante 3l a medida que marcha conducen a ella. Avanza a tientas».⁹

Ya no hay un observador externo y la salida de un laberinto que equivale al mundo no puede ser una salida. Se anula de este modo la distinci3n espacial dentro-fuera. Parad3jicamente la salida parece estar dentro. Al ampliar el ĺmite hasta hacerlo coincidir con la totalidad, el laberinto se resquebraja por dentro y crecen en su interior lugares de salida, lugares para el sentido.

La vida en el mundo contempor1neo nos obliga a replantear, como ya se ha dicho, la pregunta por el sentido: por el sentido de nuestras acciones, de nuestra vida, de nosotros mismos y por el sentido del mundo. Una pregunta quiz1s en ś misma sin sentido cuando ya, en palabras de Nancy¹⁰, «todo el sentido se encuentra en estado de abandono». Intentaremos no obstante perseverar en esa necesidad de preguntar.

La noci3n de *sentido* que aqú empleo se une a la acci3n y al mundo. Estos tres t3rminos componen una relaci3n de manera que el sentido precisa de la acci3n que comprende y transforma el mundo; al tiempo el sentido tambi3n surge del distanciamiento del mundo, aun encontr1ndose dentro de 3l, a trav3s de la escisi3n que el lenguaje introduce en su intento de nombrar el mundo, es decir, de pensar el mundo. Por todo ello, esta noci3n de sentido es eminentemente pr1ctica, tiene su base en la acci3n en el mundo y se realiza tanto en el actuar cuanto en el intento de atribuir sentido a las acciones y engazarlas unas con otras en la composici3n de un relato verosímil de los hechos, del mundo y de la propia vida.

⁹ Nancy, J.L., *El sentido del mundo*, Buenos Aires, La marca, 2003, p. 5.

¹⁰ Nancy, J.L., *El sentido del mundo*, Buenos Aires, La marca, 2003, p. 6.

En la actualidad la disputa sobre el sentido ha superado la cuestión de la distinción de las diversas dimensiones del sentido o de su equivalencia o no con lo existen y real hasta ampliarse el dominio de los hechos posibles. En la actualidad la disputa versa sobre si el sentido ha abandonado el ámbito de lo posible. Por eso sería necesario precisar en qué sentido puede decirse que el *sentido* se encuentra a día de hoy en estado de abandono, en qué sentido esa situación no parece reversible, pero en qué sentido también es posible a día de hoy introducir *sentido en el mundo*. El abandono de sentido se experimenta como una vivencia desalentadora que, en cambio, nos permite vivir en la conciencia de ese abandono sin angustia:

«Esta circunstancia nos hace desfallecer, y sin embargo sentimos (tenemos ese *sentido*) que vivimos de esto mismo, de estar expuestos a ese abandono del sentido. En las mujeres y en los hombres de este tiempo hay una manera más bien soberana de ya no hacer pie, sin por ello experimentar angustia, y de caminar sobre las aguas del ahogo del sentido»¹¹.

En nuestro tiempo encontramos a un lado todos los riesgos de la espera de sentido, de la demanda de sentido, dice Nancy, que nos tienden las trampas de la seguridad, la identidad, la certeza, las creencias y los mitos. Frente a ello Nancy señala la posibilidad vivencial de sentirse más allá de la demanda de sentido y abandonar la «pesquisa agotadora». Los que ceden a la demanda de sentido le piden al mundo que se signifique y adopte la forma de residencia, abrigo, habitación, salvaguarda, intimidad, comunidad, es decir, un relato que dibuja un dominio ordenado (régimen de sentido) a salvo del caos. En esa perspectiva la *mundialización* del mundo, es decir, la expansión de un mundo (occidente) hasta alcanzar el límite planetario, y el *cosmopolitismo* desapropian, des-significan el sentido y lo destruyen. A esta actitud, dice Nancy, no se opone un *no-sentido nihilista* ni un *sentido insensato* entre lo disoluto y lo místico, pero si se objetará a quienes sostienen esa posición que el sentido alcanza su verdadera potencia, es decir, tiene alguna posibilidad sólo al margen de ese proceso de apropiación de significación, de cierre categorial del mundo o de etiquetado del mundo, según se quiera llamarlo. El sentido tiene todavía alguna posibilidad, puede actualizar su potencialidad bajo la condición de la apertura del mundo.

Me permito reinterpretar estas posiciones respecto de la ausencia de sentido en la línea en la que la tradición Weberiana fue presentada al inicio. Por una parte podemos responder a la carencia de sentido con la demanda de sentido de aquellos que forman parte de la actitud reconciliadora, aquella que pretende superar lo que de irracional hay en el mundo reasignándole una significación que haga consistente una explicación racional de la totalidad. Por otra parte podemos encontrar la actitud desesperanzada de quienes han abandonado el intento omnipotente de resignificar ordenadamente la totalidad y aspiran meramente a conducirse a tuestas en la oscuridad, sabiendo que no hay un hilo en el que apoyarse pero sin detenerse. Aquellos que no esperan encontrar el sentido, sino que actúan e intentan introducir sentido en el mundo mediante sus acciones, con la propia vida.

11 Opus cit, p. 7.

«Ya no hay más mundo: ni más *mundus*, ni más *cosmos*, ni más ordenación compuesta y completa en el interior o desde el interior de la cual encontrar lugar, abrigo y las señales de una orientación. Más aún, ya no contamos más con el ‘aquí abajo’ de un mundo que daría paso hacia un más allá del mundo o hacia un otro mundo. No hay más Espíritu del mundo, ni historia para conducir delante de su tribunal. Dicho de otro modo, no hay más sentido del mundo»¹².

Estas líneas ponen ante nosotros la ruptura de la tradición, del pensamiento y de la realidad que han supuesto los acontecimientos vividos desde la mitad del siglo XX hasta nuestros días. Bajo el análisis de Nancy, el mundo tenía sentido en relación con otro mundo más allá, en el orden de la eternidad, o en relación con otros mundos más acá, otros regímenes de sentido existentes en el orden de la historia. De ello se deduce que la supresión de otros mundos ha llevado a la desaparición de esa relación dialéctica y por tanto del sentido que resultaba de la misma.

Aquello que considero importante en la afirmación de Nancy según la cual «el fin del mundo es el fin del *mundus*» es que esto no significa solamente el fin de una cierta concepción del mundo y que debemos ponernos a buscar alguna otra o restaurar aquella. Lo que quiere decir es que el mundo se sustrae a todo régimen disponible de significación en tanto que proyecto de explicación racional y coherente de la totalidad. La consecuencia de ese vacío del sentido es que vuelven a estar disponibles nuevas significaciones para ser articuladas de nuevo y de otro modo, una vez abandonada la actitud reconciliadora. Esa apertura, esa posibilidad que acontece a la espalda de la pérdida es el hecho con el que tenemos que vérnoslas. El proceso de mundialización que en su expansión ha terminado por hacer obsoleta la distinción dentro/fuera, ha hecho obsoleto el relato mítico de los mundos homogéneos como delimitaciones con sentido, es decir, dentro de cuyos límites es posible encontrar un sentido distinguible. Sólo había sentido en referencia a un afuera o a alguna otra parte en relación con la cual el sentido consistía en referirse a ella.

«No hay más sentido para el ‘sentido del mundo’: lo que cada una de estas palabras y su sintagma significan está capturado en un encierro de todas las significaciones ‘occidentales’, un encierro que de allí en más será homotético en relación con una ‘mundialización’ que ya no deja ningún ‘afuera’ — y en consecuencia tampoco ningún ‘adentro’ —, ni sobre esta tierra, ni fuera de ella, ni en este universo, ni fuera de él, en relación con el cual pudiera determinarse un sentido».¹³

La protesta por el sentido nos lleva a vincular el sentido con el sentimiento que exige un sentido para los acontecimientos, algo que no deja de ser la reclamación de algún tipo de finalidad. Esto hace que el sentido no sea sino una «referencia a algo» o un «ser para alguna cosa», un «servir para algo». Esto nos lleva a replantear la cuestión en términos propios de la tradición: «el hay hace sentido». La existencia en el mundo, el propio hecho de que haya

12 Opus cit., p. 9.

13 Opus cit., p. 9.

mundo, no ya como un dominio ordenado sino en tanto que conjunto de casos hace se dé el sentido y de esta forma regresamos a nuestra paradoja.

Y, *sin embargo*, tampoco se comete error alguno, más bien al contrario, cuando se deja oír la protesta de que *debería* haber alguna cosa tal como el sentido del mundo (o como del sentido en el mundo), tomando esta expresión en la generalidad más amplia posible, en su más vaga, más general y más insignificante generalidad¹⁴.

En un mundo sin sentido por la falta de un orden que armonice en una explicación todos los acontecimientos, nuestros méritos y nuestro destino, la sola existencia reclama la presencia de algún sentido y la reclamación trae consigo un cierto sentido al mundo. El mundo al menos quiere decir «ser-a»: referencia, relación, donación, dirección, envío respecto de entes o existentes. El mundo está estructurado en términos de sentido. Nuestra posición en el no se encuentra en una quinta dimensión desde la cual tener un acceso distanciado al mundo sino que la comprensión que de él tenemos, la vivencia del mundo está estructurada en términos de sentido. No en término de un sentido concreto sino a partir de la necesidad de poder identificar, percibir o asignar un sentido al mundo. Recíprocamente el sentido está estructurado en términos de mundo. Los objetos del mundo, los «casos», el conjunto de cosas existentes y procesos del mundo en su dimensión relacional y referencial son la condición de posibilidad y la estructura del sentido y en este sentido para Nancy la expresión «el sentido del mundo» es tautológica.

Mientras el mundo estuvo en referencia con lo otro (con otro mundo, con un autor del mundo) podía «tener un sentido». Aquí esta expresión alude a la pre-existencia de un sentido como ordenación de la totalidad a partir de esa referencia dialéctica a lo otro que atribuía identidad y finalidad al mundo (en tanto que conjunto de objetos, sucesos y experiencias). En esa situación el mundo tiene sentido con independencia de los acontecimiento o acciones y de los seres que lo habitan. Pero una vez que esa relación referencial con lo otro ha sido disuelta el mundo ha dejado de «tener» sentido. Esto no significa que no podamos ahora encontrarle sentido o asignarle un sentido, en una relación donde el sentido del mundo no es independiente de nosotros ni nos pre-existe sino que brota de las acciones, de su transformación. Podríamos decir con Marx que ya no se trata de interpretar el mundo sino de transformarlo, donde transformar significa actuar y conferir sentido, en una operación que sustituye el «tener» sentido por el «ser con sentido». Es en esta manera de ver el problema donde podemos decir con Nancy que «el fin del mundo del sentido abre la posibilidad del sentido del mundo».

En este punto es la existencia «sin sentido», la vivencia de la carencia de sentido la que con su exigencia de sentido re-introduce a través de esta demanda y de la acción que genera algún sentido en el mundo. Pero es preciso alertar ya desde el comienzo de la peculiaridad de la situación actual. Si bien hasta ahora hemos hablado de la experiencia de la falta de sentido y de los sentimientos que esta vivencia genera como la demanda y producción posterior de sentido o el extrañamiento y distanciamiento del mundo en tanto que realidad sin sentido, no debemos olvidar que vivimos en una sobre-codificación de la realidad: en la proliferación sin fin de «*sentidos*». La oscuridad de nuestros tiempos no es sólo la que proviene de la vivencia

14 Opus cit., p. 9.

en un páramo carente por completo de sentido, sino la que proviene de la ceguera provocada por la luz cegadora de los miles de carteles de neo que pretenden reconfigurar el paisaje hasta hacerlo acogedoramente significativo. En ambos casos el *sentido* en su acepción más genuina está ausente, pero en ocasiones el segundo escenario, aquel que nos deslumbra con la luminosidad de los letreros publicitarios aspira a que olvidemos esta ausencia y encontremos el sentido que nos falta al calor de una comunidad de interés, de una clase social, de una tribu urbana, de un colectivo definido acríticamente en razón de su género, de un tipo de belleza o en una marca de ropa de moda.

En la oscuridad: carácter y narración

Ante la carencia de sentido y esa tierra baldía resultado del «desencanto» de una razón que choca una y otra vez con la persistencia de lo irracional en lo real y la falta de *sentido* (fin) en su proceder, sólo queda la constatación del tiempo. Constatar el hecho de que el tiempo sigue pasando y la vida adelante y con ella la acción. El regreso al mundo real, de los quehaceres cotidianos y las urgencias de la vida representa el intento de volver a habitar la casa, poner en orden las cosas y seguir adelante. Esta operación sólo es posible mediante la acción. Se produce una inversión del orden tradicional del sentido: mientras que en otro tiempo el orden pre-existente del mundo concedía sentido a nuestras acciones, sobre todo en la medida en que éstas eran coherentes con él.

Hemos pasado de la crisis de sentido a la experiencia de estar a la deriva y hemos encontrado en la acción el hilo que nos permita seguir caminando a ciegas por el laberinto. Ahora es la acción, la apertura de un curso de acciones lo que en su relación introduce sentido en el mundo. El planteamiento es el siguiente: se da una relación entre la terna de conceptos mundo —acción— sentido. El procedimiento mediante el cual podemos introducir sentido en el mundo reside en la acción y en su carácter abierto y relacional. Las acciones en razón de su condición abierta inauguran un curso de acción de cuyas consecuencias nunca podemos estar seguros; además dichas acciones pueden relacionarse entre sí y asimismo con su agente y el mundo en el que tienen lugar. Se inicia de este modo un movimiento que comenzando por la acción despliega una serie de acontecimientos cuya comprensión nos arroja un dibujo del mundo en el que tales hechos son posibles.

Nos encontramos en ese mundo carente de sentido, en la oscuridad, por decirlo con palabras de Arendt. Nos encontramos ocupando una posición en ese espacio, una posición que nos asiste para hacer cierto tipo de cosas para emprender determinados cursos de acción. Es en ese sentido que podemos hablar de lugar y no de espacio, aceptando una distinción que será tematizada en esta investigación más adelante. Y desde ese lugar que ocupó en el mundo intento introducir un curso de acción. Ese lugar o mejor dicho estar en un lugar es la condición de posibilidad del comienzo de un curso de acción. El lugar se entiende como una posición en el espacio. Esa posición en el espacio que define el lugar tiene a su vez una relación con el ser que ocupa esa posición y sus capacidades. De modo que el lugar aparece como condición de posibilidad de la acción y la acción a su vez de modo recíproco reconfigura el lugar y sus propiedades. Ambos movimientos aparecen engarzados como las dos caras del Jano bifronte. La acción comienza en lugar que actúa como condición de su posibilidad y por lo tanto como límite que le asigna un rango de

potencialidades, y la acción realizada y unida a las acciones que la continúa, repercute sobre el lugar y el rango de potencialidades que este demarca. Este doble juego es el juego del «sentido» en nuestra investigación. De esta forma y como puede verse en el cuadro 1 nos encontramos ocupando una posición en el mundo, una brecha que se constituye en un lugar desde el cual mirar y actuar. La cadena de acciones iniciada compone un sentido para el curso de acción y para el propio agente y ese sentido introducido en el mundo a través de la acción regresa para modificar la visión y comprensión del mundo. No se trata de una explicación racionalizadora de la totalidad, sino de algo mucho más modesto. Desde el lugar y a través de la acción se adquiere la posibilidad de construir una visión del mundo, como resultado del intento de construir una visión de sí mismo, una biografía.

Una vez recorrida la calle sin salida del intento total de explicar racionalmente la realidad sólo nos queda asumir que el mundo como un todo carece de sentido y sólo podemos conferir fragmentos de sentido a pequeñas partes de ese mundo. De este modo ha de entenderse ese intento de reposición del mundo como un *lugar* con sentido. No se trata ya del todo, sino de poder abrir un hueco, un lugar desde el cual poder mirar el mundo y a uno mismo y reconocer algún sentido en todo ello.

La pérdida de la dimensión lineal de la temporalidad de la vida en nuestros días explica la ausencia de la finalidad en nuestra mirada sobre el mundo y representa el mayor obstáculo con el que nos enfrentamos en el intento diario y abnegado de introducir algo de sentido en el mundo, en el intento de componer a lo largo del tiempo la propia biografía. De la mano del análisis de Richard Sennett podemos apuntar, muy brevemente, cómo ha sucedido esto en nuestros días:

«Los líderes de la economía y los periodistas hacen incapié en el mercado global y en el uso de las nuevas tecnologías, dos aspectos que ellos consideran el sello distintivo del capitalismo de nuestro tiempo. Si bien es bastante cierto, no contemplan otra dimensión del cambio: nuevas maneras de organizar el tiempo, y en especial el tiempo de trabajo.

El signo más tangible de ese cambio podría ser el lema “nada a largo plazo”.»¹⁵

Esa supresión del tiempo como estructura narrativa, es decir, como condición de posibilidad de la estructura de una vida (narrada y vivida) es una de las principales causas de la oscuridad en nuestros días en tanto que supone al tiempo una supresión de los lugares como ámbitos delimitados con funciones y obligaciones propios.

«Es la dimensión temporal del nuevo capitalismo (...) lo que directamente afecta a las vidas emocionales de las personas que ejercen su actividad fuera del lugar de trabajo. Trasladando al terreno de la familia el lema “nada a largo plazo” significa moverse continuamente, no comprometerse y no sacrificarse».

La presencia del límite como condición de posibilidad de la acción, orden y sentido se elimina para ser sustituida por la no-diferenciación de tiempos ni lugares en la vida. Una

15 Sennett, R., *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama, 2000, pág. 20.

vez que el tiempo y el lugar se vuelven indistinguibles también las acciones que en ellos acontecen y la experiencia se asemeja a un caos de vivencias que se resisten a ser integradas en una narración que las vincule. Ante esa experiencia surge la demanda de sentido según la cual «las cosas tienen que tener lógica»¹⁶, es decir, tienen que tener un orden, deben dejarse ordenar, o lo que es lo mismo, deben poder ser narradas. Pero:

«Las condiciones de la nueva economía se alimentan de una experiencia que va a la deriva en el tiempo, de un lugar a otro lugar, de un empleo a otro (...) El capitalismo del corto plazo amenaza con corroer su carácter, en especial aquellos aspectos del carácter que unen a los seres humanos entre sí y brindan a cada uno de ellos una sensación de un yo sostenible.»

La «corrosión del carácter» o la imposibilidad de componer una biografía con la propia vida bajo las circunstancias actuales de desarrollo del capitalismo ponen de manifiesto el alcance y las consecuencias sentidas por todos de la crisis de sentido. En las condiciones materiales de existencia actuales, donde el tiempo es flexible y carece de estabilidad alguna para poder componer con una narración de los momentos y acciones que se suceden en nuestra vida, estos momentos y acciones quedan desconectados y desligados. No remiten a un autor que revela su carácter en sus decisiones, y con ello dejan ver la ausencia de una visión del mundo, la carencia de ese lugar desde el que comprender e interpretar la realidad y a uno mismo. Esta situación, descrita con brillantez por Richard Sennett, en su libro *La corrosión del carácter*, conecta de este modo con el problema del sentido y permite nombrar esta crisis como un tiempo de oscuridad en el sentido arentiano, es decir, donde el mundo, el espacio de la vida y los asuntos que nacen del vivir en común entre los hombres, se disuelve entre la soledad y el aislamiento por la falta de espacios de encuentro y acción conjunta, por la carencia de lugares desde los que poder encontrar un hueco sobre el cual edificar una visión del mundo y del sí mismo. Esta es la tarea que mediante la acción y teniendo como referente la idea de biografía, hemos de intentar hacer posible en lo que sigue si queremos introducir sentido en el mundo y en nuestras vidas y atisbar algo así como una salida de la crisis, como una salida del laberinto.

Referencias bibliográficas

- Arendt, H., *Hombres en tiempos de oscuridad*, Barcelona, Gedisa, 2008.
 Bobbio, N., «La botella, la red y el laberinto» en *El problema de la guerra y las vías de la paz*. Ed. Altaya, 1998.
 Nancy, J.L., *El sentido del mundo*, Buenos Aires, La marca, 2003.
 Ruano de la Fuente, Y., *Proceso de racionalización y ethos capitalista. Interpretación weberiana de la modernidad*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Servicio de publicaciones, 2002.
 Sennett, R., *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama, 2000.
 Ruano de la Fuente, Y., *La libertad como destino*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
 Weber, M., *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tubinga, J. C. B. Mohr, 1985.

¹⁶ Opus cit., p. 24..